

—Hace un instante; y tu inocencia, Sinar, confirma tu desdén y mi desventura.

—Perdón, Nay, perdóname, pues pensaba en ti.

—¿Qué te ha dicho ese extranjero?—preguntóle Nay, enjugadas ya sus lágrimas y jugando con los collares y dientes de los collares del guerrero, —¿por qué buscas con él la soledad que tantas veces me dijiste te era odiosa sin mí? ¿Te ha contado que las mujeres de su país son blancas como el marfil y que sus ojos tienen el azul profundo de las olas del Tando? Mi madre me lo decía a mí y había olvidado contártelo... A ella le habló mucho del país de los blancos un extranjero parecido al que amas según ella le amó; pero desde que partió de Cumasia ese hombre, mi madre se hizo odiosa a Magmahú; ella adoraba a otro dios y mi padre le dió muerte.

Nay calló por largo rato, y Sinar se mostraba dominado otra vez por tristes pensamientos. Despertando de súbito de esa especie de embebecimiento, toma de la mano a su amada, sube con ella a la cima de un peñasco, desde el cual se divisaba el desierto sin límites y el caudaloso río, y la dice:

—El Cambia, como el Tando, nacen del seno de las montañas. La madre no es nunca hechura de su hijo. ¿Sabes tú quién hizo las montañas?

—No.

—Un Dios las hizo. ¿Has visto el Tando retroceder en su carrera?

—No.

—El Tando va como una lágrima a perderse en un inmenso mar, ante cuyo bramido, el rumor de un río es como tu voz comparada con la del huracán que durante las tempestades sacude estos bosques gigantescos cual si fuesen débiles juncos. ¿Sabes tú quién hizo el mar?

—No.

—El rayo que rasga las nubes y cayendo sobre la copa del moabad la despedaza, como tu planta deshace una de sus flores secas; las estrellas que como las ágatas y perlas que bordan sus

manos de calín, tacionan el cielo; la luna, que le place contemplar en la soledad, dejándote aprisionar entre mis brazos; el sol bruñó tu tez de azabache y de luz a tus ojos, sol ante el cual el fuego de nuestros sacrificios es menor que el brillo de una luciérnaga; todo es obra de un solo Dios. El no quiere que ame a otra mujer que a ti. El manda que te ame como a mí mismo. El quiere que yo ría, si ríes; que llore yo, si lloras, y que, en cambio de tus caricias, te defienda como a mi propia vida; que si mueres, llore yo sobre tu tumba hasta que vaya a juntarme contigo más allá de las estrellas, donde me esperarás.

Nay, entrambas manos cruzadas sobre el hombro de Sinar, le contemplaba enamorada y absorta, porque nunca le había visto tan hermoso. Estrechándola él contra su corazón, besóla con ardor los labios, y continuó:

—Eso me ha dicho el extranjero para que yo te lo enseñe; su Dios debe ser nuestro Dios.

—Sí, sí—replicó Nay enlazándole con los brazos,—y después de El, yo, tu único amor.

XLII

Al amanecer del día en que el jefe de los Kombu-Manez había ordenado se diera principio a las pomposas fiestas que se hacían en celebración del desposorio de Sinar, éste, Nay y el misionero bajaron sigilosamente a la ribera del Gambia, y buscando allí el sitio más recóndito, el misionero se detuvo y les habló así:

—El Dios que os ha hecho amar, el Dios que adorarán vuestros hijos, no desdén por templo los pabellones de palmeras que nos ocultan, y en este instante os está viendo. Pidámosle que os bendiga.

Adelantándose con ellos a la orilla, dijo lentamente y con voz solemne una oración que los amantes repitieron arrodillados a uno y otro lado

del sacerdote. En seguida les derramó agua sobre las cabezas, pronunciando las palabras del bautismo. El ministro permaneció orando solo algún espacio, y acercándose de nuevo a Nay y a Sinar, les hizo enlazarse las manos, y antes de bendecírselas, dijo a uno y a otro palabras que Nay no olvidó jamás. Era ya la última noche que los nobles de la tribu pasaban en casa del Magmahú en danzas y festines. Hermosas mujeres los rodeaban, y ellas y ellos ostentaban sus más bellas joyas y vestidos.

Magmahú, por su gigantesca figura y lo lujoso del traje que llevaba, se distinguía en medio de los guerreros, así como Nay había humillado durante seis días con sus galas y encanto a las más bellas esposas y esclavas de los Kombu-Manez. Hachones de resinas aromáticas, sostenidas por cráneos perforados de Cambez, muertos en los combates por Magmahú, iluminaban los espacios aposentos. Si por momentos cesaban las músicas marciales, eran reemplazadas por la blanda y voluptuosa de las liras. Los convidados apuraban con exceso caros y enervantes licores; y todos habían ido rindiéndose lentamente al sueño. Sinar, huyendo de la algazara de la fiesta, descansaba en un lecho de sus habitaciones, mientras Nay le refrescaba la frente con un abanico de plumas perfumadas. De improviso se oyeron en el bosque vecino algunas detonaciones de fusiles, seguidas de otras y otras que se acercaban a la morada Magmahú. Este llamó con voz estentórea a Sinar, quien, empuñando un sable, salió precipitadamente en su busca. Nay estaba abrazada a su esposo cuando Magmahú decía a éste:

—¡Los Cambez!... ¡Son ellos!... ¡Morirán degollados!—añadía removiendo inútilmente a los valientes, tendidos inertes sobre los divanes y pabimentos.

Algunos hacían esfuerzos para ponerse en pie; pero a los más les era imposible. El estruendo de las armas y los gritos de guerra se acercaban. Incendiadas las casas de la población más pró-

ximas a la ribera, un resplandor rojizo iluminaba el combate, y heridos por él, relampagueaban los sables de los lidiadores. Magmahú y Sinar, sordos a los alaridos de las mujeres, sordos a los lamentos de Nay, corrían hacia el sitio en que la pelea era más encarnizada, a tiempo que una masa compacta y desordenada de soldados se dirigía a la casa del jefe achanti, llamándole a él y a Sinar con enronquecidas voces. Trataron de parapetarse en las habitaciones de Magmahú; pero todo fué inútil, y tardió ya el coraje con que los jefes extranjeros combatían y animaban a los guerreros Kombu-Manez. Atravesado el corazón por una bala, Magmahú cayó. Pocos de sus compañeros dejaron de correr la misma suerte. Sinar luchó hasta el fin defendiendo cuerpo a cuerpo a Nay y su vida, hasta que un capitán de los Cambez, de cuya diestra pendía sangrienta la cabeza del misionero francés, le dijo:—Ríndete y te concederé la vida.

Nay presentó entonces las manos para que las atase aquel hombre. Ella sabía la suerte que le esperaba, y postrándose ante él, le dijo:

—No mates a Sinar, yo soy tu esclava.

Sinar acababa de caer herido de un sablazo en la cabeza, y le ataban ya como a ella. Los feroces vencedores recorrieron los aposentos saciando su sed de sangre al principio, y después saqueándolos y amarrando prisioneros. Los valientes Kombu-Manez se habían dormido en un festín y no despertaron... o despertaron esclavos. Cuando amos y siervos ya, no vencedores y vendidos, llegaron a la ribera del Gambia, cuyas ondas enrojecían las últimas llamaradas del incendio, los Cambez hicieron embarcar con precipitación, en canoas que los esperaban, los numerosos prisioneros que conducían, mas no bien hubieron desatado éstas para abandonarse a las corrientes, una nutrida descarga de fusiles, hecha por algunos Kambu-Manez, que tarde ya volvían al combate, sorprendió a los navegantes que ha-

bían dejado la ribera, y los cuerpos de muchos de ellos flotaron poco después sobre las corrientes.

Amanecía cuando los vencedores atracaron las piraguas a la ribera derecha del río, y dejando algunos de sus soldados en ellas, continuaron los otros la marcha por tierra, custodiando el convoy de prisioneros y encontrando de trecho en trecho masas de combatientes que habían emprendido retirada por en medio de los bosques. Durante las largas horas del viaje, hasta llegar a las inmediaciones de la costa, no permitieron a Nay los conductores que se acercase a Sinar, y éste vió incesantemente rodar lágrimas por sus mejillas. A los dos días, una mañana antes que el sol ahuyentase las últimas sombras de la noche, condujeron a Nay y a otros prisioneros a la orilla del mar. Desde el día anterior la habían separado de su esposo.

Algunas canoas esperaban a los prisioneros varadas en la arena, y a mucha distancia sobre el mar que el viento rizaba, blanqueaba el velamen de un bergantín.

—¿Dónde está Sinar que no viene con nosotros?—preguntó Nay a uno de los jefes compañeros de prisión, al saltar a la piragua.

—Desde ayer lo embarcaron—le respondió,—estará en el buque.

Ya en él Nay, busca entre los prisioneros amontonados en la bodega a Sinar, llámale y nadie le responde. Sus miradas extraviadas lo buscan otra vez en la sentina. Un sollozo y el nombre de su amante salieron al mismo tiempo de su pecho, y cayó como muerta. Cuando despertó de ese sueño quebrantador y espantoso, se halló sobre cubierta, y sólo divisó a su alrededor el nebuloso horizonte del mar. Nay no dijo ni un adiós a las montañas de su país. Los gritos de desesperación que dió al convencerse de la realidad de su desgracia, fueron interrumpidos por las amenazas de un blanco de la tripulación, y como ella le dirigiese palabras amenazadoras que por ademanes tal vez comprendió, alzó sobre Nay el

tigo que empuñaba, y... volvió a hacerla insensible a su desventura. Una mañana, después de muchos días de navegación, Nay, con otros esclavos, estaba sobre cubierta. La epidemia que había atacado a los prisioneros permitía que se les dejara respirar el aire libre, temeroso sin duda el capitán del buque de que murieran algunos. Se oyó el grito de «¡tierra!», dado por algunos marineros. Levantó ella la cabeza, y divisó una línea azul más oscura que la que rodeaba constantemente el horizonte. Algunas horas después entró el bergantín en un puerto de Cuba, donde debía desembarcar a algunos negros. Las mujeres de éstos, que iban a separarse de la hija de Magmahú, le abrazaron las rodillas sollozando, y los varones le dijeron adiós, doblando las suyas ante ella y sin tratar de ocultar el llanto que derramaban. Casi se consideraron dichosos los pocos que quedaron al lado de Nay. El buque, después de recibir nueva carga, zarpó al día siguiente, y la navegación que siguió fué más penosa, por el mal tiempo. Ocho días habrían pasado, y al visitar una noche el capitán la bodega, encontró muertos dos esclavos de los seis que escogidos entre los más apuestos y robustos reservaba. El uno le había dado la muerte, y estaba bañado con la sangre de una ancha herida que tenía en el pecho, y en la cual se veía, clavado aún, un puñal de marinero que el infeliz había recogido probablemente sobre cubierta; el otro había sucumbido a la fiebre.

Los dos fueron despojados de los grillos que en una sola barra los aprisionaban a entrambos, poco después vió sacar Nay los cadáveres para ser arrojados al mar. Una de las esclavas de Nay y tres de los jefes Kombu-Manez eran los últimos compañeros que le quedaban, y de éstos sumbió otro más la misma mañana en que hubo de acercarse el buque a una costa que entendió que se llamase Darién. A favor de un fuerte viento norte y de una marejada, el bergantín se internó en el golfo y se internó cautamente a poca dis-

tancia de Pisisí. Entrada la noche, el capitán hizo poner en una lancha a Nay, con los tres prisioneros restantes, y embarcándose él también, dió orden a los marineros que debían manejarla, para que se dirigiesen a cierto punto luminoso que señaló en la costa. Pronto estuvieron en tierra. Los esclavos fueron maniatados con cuerdas antes de desembarcar; y guiados por los marineros, siguieron por corto tiempo una senda montuosa. Al llegar a cierto punto, el capitán dió una seña particular con su silbato, y continuaron avanzando. Repetida la seña, fué contestada por otra semejante, cuando ya divisaban medio oculta entre el follaje de frondosos árboles una casa, en cuyo corredor se vió luego un hombre blanco, que, con una luz en la mano, se hacía sombra en los ojos con la otra, tratando de distinguir a los que se acercaban. Pero los amenazadores ladridos de algunos perros enormes impedían a los viajeros adelantar. Aquietados aquéllos por las voces de su amo y de algunos sirvientes, pudo el capitán seguir la escalera de la casa, edificada sobre estantillos, y después de abrazarse con el dueño, trabaron diálogo, durante el cual el capitán hablaba sin duda de los esclavos, pues los señalaba frecuentemente. Dieron orden para que subiesen éstos y en tanto salió al corredor una mujer joven, blanca y bastante bella, a quien saludó cordialmente el marino. El dueño de la casa no pareció satisfecho después del examen que hizo de los tres compañeros de Nay; pero al fijarse en ésta, se detuvo, hablando con la mujer blanca en un idioma más dulce que el que había usado hasta entonces; y más musical pareció éste al responderle ella, dejando ver a Nay en sus miradas una compasión que agradeció.

Era el dueño de la casa un irlandés llamado William Sardik, establecido hacia dos años en el golfo de Urabá, no lejos de Turbo, y su esposa, a quien Nay oyó nombrar Gabriela, una mestiza cartagenera de nacimiento.

## XLIII

Explotábanse en aquel tiempo muchas minas de oro en el Chocó; y si se tiene en cuenta el rústico sistema que se empleaba para elaborarlas, bien merecen ser calificadas de considerables sus productos. Los dueños ocupaban cuadrillas de esclavos en tales trabajos. Introducíase por el Atrato la mayor parte de las mercancías extranjeras que se consumían en el Cauca, y naturalmente, las que debían expenderse en el Chocó. Los mercados de Kingstón y de Cartagena eran los más frecuentados por los comerciantes importadores. Existía en Turbo una bodega.

Esto sabido, es fácil estimar cuán tácticamente había Sardik establecido su punto de residencia; las comisiones de muchos comerciantes; la compra de oro y el frecuente cambio que con los Cunas ribereños hacían de carey, tagua, pieles, cacao, caucho y jagua, por sales, aguardiente, pólvora, armas y baratijas, eran, sin contar sus utilidades como agricultor, especulaciones bastante lucrativas para tenerle satisfecho y hacerle fomentar la risueña esperanza de regresar rico a su país, de donde había salido miserable. Servíale de poderoso auxiliar su hermano Thomas, establecido en Cuba y capitán del buque negrero que he seguido en su viaje. Descargado el bergantín de los efectos que en aquella ocasión traía y que a su arribo al puerto de la Habana había recibido, ocupado con las producciones indígenas que William había almacenado durante algunos meses, todo lo cual fué ejecutado en dos noches y con el mayor sigilo, por los contrabandistas, el capitán se dispuso a partir. Aquel hombre que tan despiadadamente había tratado a los compañeros de Nay, desde el día que al alzar el látigo sobre ella la vió desplomarse inerte a sus pies, dispen-

sóla toda la consideración de que su recia índole era capaz. Comprendiendo Nay que el capitán iba a embarcarse, no pudo sofocar un sollozo y lamentos, suponiendo que aquel hombre volvería a ver pronto las costas de Africa, de donde la había arrebatado. Acércase a él, le pide de rodillas y con ademanes, que no la deje, bésale los pies, e imaginando en su dolor que podrá comprenderla, le dice:

—Llévame contigo. Yo seré tu esclava: buscaremos a Sinar, y así tendrás dos esclavos en vez de uno. Tú que eres blanco y que cruzas los mares, sabrás dónde está y sabremos encontrarle... Nosotros adoramos al mismo Dios que tú; y te seremos fieles, con tal de que no nos separen jamás.

Debía estar bella en su doloroso frenesí. El marino la contempló en silencio, desplegó los labios una sonrisa extraña que la rubia y espesa barba que acariciaba no alcanzó a velar, pasóle por la frente una sombra roja, y sus ojos dejaron ver la mansedumbre de los del chacal cuando le acaricia la hembra. Por fin, tomándole una mano y llevándola al pecho, la dió a entender que si prometía amarle partirían juntos. Nay, altiva como una reina, se puso de pié, dió la espalda al irlandés y entró al aposento inmediato. En éste la recibió Gabriela, y después de indicarle temerosa que guardase silencio, la significó que había obrado bien, y la prometió amarla mucho. Como después de señalarle el cielo le mostró un crucifijo, quedó asombrada al ver a Nay caer de rodillas ante él y orar sollozando, cual si pidiese a Dios lo que los hombres le negaban.

Transcurridos seis meses, Nay se hacía entender ya en castellano, debido a la constancia con que se empeñaba Gabriela en enseñarle su lengua. Esta sabía ya cómo se había convertido y lo que había logrado comprenderle de su historia, la interesaba más y más en su favor. Pero casi a ninguna hora estaban sin lágrimas los ojos de la hija de Magmahú; el canto de alguna ave ame-

ricana, que le recordaba su país, o la vista de flores parecidas a las de los bosques del Gambia, avivaba su dolor y la hacía gemir. Como durante los cortos viajes del irlandés la permitió Gabriela dormir en su aposento, habíale oído muchas veces llamar en sueños a su padre y a su esposo. Las despedidas de los compañeros de infortunio habían ido quebrantando el corazón de la esclava, y al fin llegó el día en que se despidió del último. Ella no había sido vendida, y era tratada con menos crueldad, no tanto porque la amparase el afecto de su amo, sino porque la desventurada iba a ser madre, y su señor esperaba realizarla mejor, una vez que naciera el manumiso.

Aquel avaro negociaba de contrabando con sangre de reyes. Nay había resuelto que el hijo de Sinar no fuera esclavo. En una ocasión en que Gabriela le hablaba del cielo, usó de toda su salvaje franqueza para preguntarle:

—¿Los hijos de esclavos, si mueren bautizados, pueden ser ángeles?

La criolla adivinó el pensamiento criminal que Nay acariciaba, y se resolvió a hacerla saber que en el país en que estaba, su hijo sería libre cuando cumpliera dieciocho años. Nay respondió solamente en tono de lamento:

—¡Dieciocho años!

Dos meses después, dió a luz un niño, y se empeñó en que se le acristianara inmediatamente, así que acarició con el primer beso a su hijo, comprendió que Dios le enviaba con él un consuelo, orgullosa de ser madre del hijo de Sinar, volteron a sus labios las sonrisas que parecían haber huído de ellos para siempre. Un joven inglés que regresaba de las Antillas al interior de Nueva Granada, descansó por casualidad en aquellos meses en casa de Sardik, antes de emprender la penosa navegación del Atrato. Traía consigo una preciosa niña de tres años, a quien parecía amar eternamente. Eran ellos mi padre y Ester, la cual empezaba apenas a acostumbrarse a responder a

su nuevo nombre de María. Nay supo que aquella niña era huérfana de madre, y le cobró particular cariño. Mi padre temía confiársela, a pesar de que María no estaba contenta sino en los brazos de la esclava, o jugando con su hijo; pero Gabriela le tranquilizó contándole lo que ella sabía de la historia de la hija de Magmahú; relación que conmovió al extranjero. Comprendió éste la imprudencia cometida por la esposa de Sardik al hacerle sabedor de la fecha en que había sido traída a tierra granadina, puesto que las leyes del país prohibían desde 1821 la importación de esclavos; y en tal virtud, Nay y su hijo eran libres. Mas guardóse bien de dar a conocer a Gabriela el error cometido, y esperó una ocasión favorable para proponer a William que le vendiera a Nay. Un norteamericano que regresaba a su país después de haber realizado en Citaré un cargamento de harina, se detuvo en casa de Sardik, esperando para continuar su viaje, la llegada a Pisisí de los botes que venían de Cartagena conduciendo mercancías que importaba mi padre. El yankee vió a Nay, y pagado de su gentileza, habló a William, durante la comida, del deseo que tenía de llevarse una esclava de bellas condiciones, pues que la solicitaba con el fin de regalarla a su bella esposa. Nay le fué ofrecida, y el norteamericano, después de regatear el precio una hora, pesó al irlandés ciento cincuenta castellanos de oro en pago de la esclava. Nay supo en seguida por Gabriela, al referirle ésta que estaba vendida, que esta pequeña porción de oro, pesada por los blancos a su vista, era el precio en que se la estimaba; y sonrió amargamente al pensar que la cambiaban por un puñado de fibras. Gabriela no le ocultó que en el país a donde lo llevaban, el hijo de Sinar sería esclavo. Nay mostró indiferente a todo; pero a la tarde, cuando al ponerse el sol se paseaba mi padre por la ribera del mar llevando de la mano a María, se acercó a él con su hijo en brazos; en la fisonomía de la esclava aparecía una mezcla de dolor e ira

salvaje, que sorprendió a mi padre. Cayendo de rodillas a sus pies, le dijo en mal castellano:

—Yo sé que en este país a donde me llevan mi hijo será esclavo; si no quieres que lo ahogue esta noche, cómprame; yo me consagraré a servir y a querer a tu hija.

—Mi padre lo allanó con dinero. Firmado por el norteamericano el nuevo documento de venta, con todas las formalidades apetecibles, mi padre escribió a continuación una nota en él y pasó el pliego a Gabriela, para que Nay la oyese leer. En estas líneas renunciaba al derecho de propiedad que pudiera tener sobre ella y su hijo. Impuesto el yankee de lo que el inglés acababa de hacer, le dijo admirado:

—No puedo explicarme la conducta de usted. ¿Qué gana esta negra con ser libre?

—Es—le respondió mi padre,—que yo no necesito una esclava, sino una aya que quiera mucho a esta niña.

Y sentando a María sobre la mesa en que acababa de escribir, hizo que ella la entregase a Nay el papel, diciendo al mismo tiempo a la esposa de Sinar estas palabras:

—Guarda bien eso. Eres libre para quedarte. Ir a habitar con mi esposa y mis hijos al bello país en que viven.

Ella recibió la carta de libertad de manos de María, y tomando a la niña en sus brazos, la cubrió de besos. Asiendo después una mano de mi padre, tocóla con los labios, y la acercó lloviendo a los de su hijo.

Así fueron a habitar a la casa de mis padres Feliciano y Juan Angel. A los tres meses, Feliciano, hermosa otra vez y conforme con su infortunio cuanto era posible, vivía con nosotros. Nombrada por mi padre, quien la distinguió siempre con especial afecto y consideración.

En los últimos tiempos, por su enfermedad, y más por ser aparente para ello, cuidaba en San Juan del huerto y la lechería; pero el principal objeto de su permanencia allí, era recibirnos a mi

padre y a mí, cuando bajábamos de la sierra. Niños, María y yo, en los momentos en que Feliciano era más complaciente con nosotros, solíamos acariciarla llamándola Nay; pero pronto notamos que se entristecía si le dábamos ese nombre. Alguna vez que, sentada a la cabecera de mi cama a prima noche, me entretenía con uno de sus fantásticos cuentos, se quedó silenciosa luego que lo hubo terminado; y yo creí notar que lloraba.

—¿Por qué lloras?—la pregunté.

—Así que seas hombre—me respondió con su más cariñoso acento,—harás viajes y nos llevarás a Juan Angel y a mí, ¿no es cierto?

—Sí, sí—le contesté entusiasmado,—iremos a la tierra de esas princesas lindas de tus historias, me las mostrarás... ¿Cómo se llama?

—Africa—contestó.

Yo soñé aquella noche con palacios de oro, oyendo músicas deliciosas.

#### XLIV

El cura había administrado los sacramentos a la enferma. Dejando el médico a la cabecera, monté para ir al pueblo a disponer lo necesario para el entierro y a poner en el correo aquella carta fatal dirigida al señor A\*\*\*. Cuando regresé, Feliciano parecía menos quebrantada, y el médico había concebido una ligera esperanza. Ella me preguntó por cada uno de los de la familia, y al mencionar a María, dijo:

—¿Por qué no puedo verla antes de morirme? ¡Yo le habría recomendado tanto a mi hijo!...

Y luego, como para satisfacerme por la preferencia que manifestaba hacia ella, agregó:

—Si no hubiera sido por la niña, ¿qué sería de él y de mí?

La noche fué muy mala para la enferma. Al

día siguiente, sábado, a las tres de la tarde, el médico entró en mi cuarto, diciéndome:

—Morirá hoy. ¿Cómo se llama el marido de Feliciano?

—Sinar—le respondí.

—¿Sinar? ¿Y dónde está? En el delirio pronuncia ese nombre.

No tuve la complacencia de tratar de enternecer al doctor refiriéndole las aventuras de Nay, y pasé a la habitación de ella. El médico decía la verdad: iba a morir, y sus labios pronunciaban sólo ese nombre, cuya elocuencia no podían medir las esclavas que la rodeaban, ni aún su mismo hijo. Me acerqué para decirla, de modo que sus oídos entorpecidos pudiesen oírme:

—¡Nay! ¡Nay!

Abrió los ojos, enturbiados ya.

—¿No me conoces?

Hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Quieres que te lea algunas oraciones?

Repetió la misma señal. Eran las cinco de la tarde cuando hice que alejaran a Juan Angel del lecho de su madre. Aquellos ojos, que tan hermosos habían sido, giraban amarillentos y ya sin luz en las órbitas ahuecadas; la nariz se le había perfilado; los labios graciosos, aunque ligeramente gruesos, retostados ahora por la fiebre, dejaban ver los dientes, que ya no humedecían; con las manos crispadas y yertas sostenía sobre el pecho un crucifijo, y se esforzaba en vano por pronunciar el nombre de Jesús, que lo repetía; nombre del único que podía devolverle a su esposo.

Hacia una hora que había anochecido, cuando espiró. Luego que las esclavas la vistieron y colocaron en un ataúd, cubierta desde la garganta hasta los pies de un lino blanco, fué puesta en una mesa enlutada, en cuyas cuatro esquinas había cirios encendidos. Juan Angel a la cabecera de la mesa, derramaba lágrimas sobre la frente de su madre, y de su pecho, enronquecido por los sollozos, salían lastimeros alaridos. Mandé ordenar al capitán de la cuadrilla de esclavos para que

aquella noche los trajese a rezar en casa. Fueron llegando silenciosos, y ocupando los varones y niños toda la extensión del corredor occidental; las mujeres se arrodillaron en círculo alrededor del féretro, y como las ventanas del cuarto mortuorio caían al corredor, ambos grupos rezaban a un mismo tiempo. Terminado el rosario, una esclava entonó la primera estrofa de una de esas salves llenas de dolorosa melancolía y desgarradores lamentos de algún corazón esclavo que oró. La cuadrilla repetía a coro cada estrofa cantada, armonizándose las graves voces de los varones con las puras y dulces de las mujeres y de los niños. Estos son los versos de aquel himno que he conservado en la memoria:

En obscuro calabozo  
 cuya reja al sol ocultan  
 negros y altos murallones  
 que las prisiones circundan;  
 En que sólo las cadenas  
 que arrastro, el silencio turban  
 de esta soledad eterna  
 donde ni el viento se escucha...  
 Muero sin ver tus montañas,  
 ¡oh, patria! donde mi cuna  
 se meció bajo los bosques  
 que no cubrirán mi tumba.

Mientras sonaba el canto, las luces del féretro hacían brillar las lágrimas que rodaban por los rostros medio embozados de las esclavas, y yo procuraba inútilmente ocultarles las mías. La cuadrilla se retiró, y solamente quedaron unas pocas mujeres que debían turnarse para orar toda la noche, y dos hombres para que prepararan andas en que la muerta debía ser conducida al pueblo.

Era muy avanzada la noche cuando logré que Juan Angel se durmiera, abrumado por su dolor. Me retiré luego a mi cuarto; pero el rumor de las

voces de las mujeres que rezaban, y el golpe de los machetes de los esclavos, que preparaban la parihuela de guaduas, me despertaban cada vez que había reconciliado el sueño. A las cuatro, Juan Angel dormía aún. Los ocho esclavos que conducían el cadáver, y yo, nos pusimos en marcha. Había dado orden al mayordomo Higinio para que hiciera al negrito esperarme en casa, porque quería evitarle el lance terrible de despedirse de su madre. Ninguno de los que acompañamos a Feliciano pronunció una sola palabra durante el viaje. Los campesinos que, conduciendo víveres al mercado, nos dieron alcance, extrañaban aquel silencio, por ser costumbre entre los aldeanos del país, entregarse a una repugnante orgía en la noche que aquellos llaman de velorio, noches en las cuales los parientes y vecinos del que ha muerto, se reúnen en la casa de los dolientes, so pretexto de rezar por el difunto.

Una vez que las oraciones y misas mortuorias se terminaron, nos dirigimos con el cadáver al cementerio. Ya la fosa estaba cavada. Al pasar con él bajo la portada del campo-santo, Juan Angel, que había burlado la vigilancia de Higinio, para correr en busca de su madre, nos dió alcance. Colocado el ataúd en el borde de la fosa, se abrazó a él como para impedir que se lo ocultasen. Fué necesario acercarme a él y decirle, mientras le acariciaba enjugándole las lágrimas: —No es tu madre esa que ves ahí; ella está en el cielo; Dios no puede perdonarte esa desesperación.

—¡Me dejó solo! ¡me dejó solo!—repetía el indoliz.

—No... no—le respondí,—aquí estoy yo, que te he querido y te querré siempre mucho; te quedan María, mi madre, Emma... y todas te servirán de madres...

El ataúd estaba en el fondo de la fosa: uno de los esclavos le echó encima la primera palada de tierra. Juan Angel, abalanzándose casi coléptico hacia él, le cogió con ambas manos la pala.



movimiento que nos llenó de pesar y estupor a todos. A las tres de la tarde del mismo día, dejando una cruz sobre la tumba de Nay, nos dirigimos su hijo y yo a la hacienda de la sierra.

#### XIV

Pasados ocho días, empezó a calmarse el pesar que la muerte de Feliciano había causado en los ánimos de mi madre, Emma y María, sin que por ello dejase de ser ella el tema frecuente de las conversaciones. Todos procurábamos aliviar a Juan Angel con nuestros cuidados y afectos, siendo esto lo mejor que podíamos hacer por su madre. Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo pusiese bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debía considerarse solamente como un criado de nuestra casa. El negrito, que ya tenía noticia de mi próximo viaje, manifestó que lo único que deseaba era que le permitieran acompañarme, y mi padre le dió alguna esperanza de complacerle. A pesar de lo sucedido la noche víspera de mi marcha a Santa\*\*\*, María continuaba siendo conmigo lo que había sido hasta entonces; aquel casto misterio que había velado nuestro amor, le velaba aún. Apenas nos tomamos la libertad de pasear algunas veces solos por el jardín o el huerto.

Olvidados entonces de mi viaje, retozaba ella a mi alrededor, recogiendo flores que ponía en su delantal para venir después a mostrármelas, dejándome escoger las más bellas para mi cuarto, y disputándome alguna que fingía reservar para el oratorio. Ayudábale yo a regar sus predilectas, para lo cual se recogía las mangas, dejando ver sus brazos, sin apercibirse de lo hermosos que me parecían.

Nos sentábamos a la orilla del retumbe, coronado de madre selvas, desde donde veíamos herir y serpentear la corriente del río en el fondo

profundo y monstruoso de la vega. Afanábase otras veces por hacerme distinguir entre los lampos de oro que el sol dejaba al ocultarse, leones dormidos, caballos gigantes y ruinas de castillos de jaspe y lapizlázuli, y cuanto se complacía en forjar con entusiasmo infantil. Mas si la más leve circunstancia nos hacía pensar en el viaje temido, su brazo no se desenlazaba del mío, y deteniéndose en ciertos sitios, me buscaban sus miradas húmedas, después de espirar en ellos algo invisible para mí. Una tarde (hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria!) la luz de los arboles moribundos del ocaso se confundía bajo un cielo teñido de lila, con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro. Los vientos bajaban retozando de las montañas a las llanuras; las aves buscaban presurosas sus nidos en el follaje de los sotos. Los bucles de la cabellera de María, que corría lentamente al jardín, asida de mi brazo con entrambas manos, me habían acariciado la frente más de una vez; ella había intentado reclinar la sien sobre mi hombro; nada nos decíamos... De repente se detuvo en el extremo de una senda de rosales; miró por algunos instantes hacia la ventana de mi cuarto, y volvió a mí los ojos para decirme:

—Aquí fué: así estaba yo vestida; ¿lo recuerdas?

—Siempre, María... siempre—le respondí, cubriéndole las manos de besos.

—Mira: esa noche me desperté temblando, porque soñé que hacías eso que haces ahora... ¿Ves ese rosal recién sembrado? Si me olvidas, no florecerá; pero si sigues siendo como eres, dará las más lindas rosas, y se las tengo prometidas a la Virgen, con tal que me haga conocer por él si eres bueno siempre.

Sonreí enternecido por tanto amor e inocencia.

—¿No crees que será así?—me preguntó muy seria.

—Creo que la Virgen no necesitará tantas rosas.